

CAPITULO V

CONQUISTA DE LA GRECIA ASIÁTICA POR LOS PERSAS

I. Cresos, rey de Lidia, conquista la Grecia asiática.—II. Florecimiento de la civilización jónica.—III. Guerra lidio-persa.—IV. Ciro, rey de los persas, conquista la Grecia asiática.—V. Tiranía de Policrates de Samos.—VI. Pitágoras de Samos.—VII. Sibaris y Crotona. Los crotoniats destruyen Sibaris.—VIII. Caída de los pitagóricos.—IX. Expedición de Darío I a Escitia.—X. Los persas se anexionan Macedonia.—XI. Últimos años que precedieron al rompimiento de la guerra greco-persa.

I.—CRESO, REY DE LIDIA, CONQUISTA LA GRECIA ASIÁTICA

La completa formación de la Simmaquia del Peloponeso, la entronización y la caída de los Pisistrátidas, y finalmente la creación de la democracia ática, corrieron paralelas con un nuevo desarrollo en el Asia Menor, muy importante para el helenismo, gracias al repetido contacto entre los mismos. Pocos años antes de la tercera entronización de Pisistrato, la rama oriental del mundo griego se sustrajo a la dependencia de la nación helénica, convirtiéndose en una gran potencia del interior del Oriente.

Al cerrarse el tratado de paz con Mileto, y después de haberse aliado con los medos para la seguridad de sus fronteras orientales, el rey lidio Aliates, no solo venció a los audaces carios, sino que dió comienzo, en los últimos tiempos de su dominación, al ataque contra las ciudades marítimas de Grecia, obteniendo un éxito satisfactorio. Esmirna cayó en 580 en poder de dicho rey, quien, para tener constantemente sujetos a sus habitantes, derribó las murallas de la ciudad, que en tiempo de Diadógenes alcanzó de nuevo gran importancia. Tampoco pudo sostenerse Colofonte, cuya burguesía antes tan fuerte se había debilitado gradualmente, gracias a la vida muella y licenciosa que por su mal le habían enseñado los griegos jónicos de aquel tiempo, y no se hallaba en estado de defenderse contra las poderosas y superiores fuerzas de los lidios. Algunos pequeños lugares, por el contrario, se defendieron con éxito: Priene resistió felizmente un largo sitio y en el asalto de Clazomene sufrieron los lidios importantes pérdidas. Sin embargo, no tardó en llegar un tiempo en que más que las fuerzas militares, la tendencia de los griegos fué causa del continuo estado de guerra que sin cesar destruía la brillante vida de sus ciudades y limitaba cada vez más el libre albedrío de sus ciudadanos. En el entretanto, la fuerte Mileto se había librado prudentemente de todas estas plagas, celebrando un tratado con el monarca lidio. Cuando en 563 murió Aliates, su joven y ardiente hijo Cresos se aprestó con toda energía a anexionar, costase lo que costase, la Grecia asiática al reino lidio, cosa que no le fué muy difícil conseguir. Pronto comenzaron las hostilidades. El sabio milesio Tales, que había reconocido perfectamente el lado débil de la situación de sus campesinos, aconsejó desde luego a los jonios con insistencia, que se uniesen formando un fuerte Estado aliado, a fin de reunir bajo un plan regular sus fuerzas todavía importantes. Propuso que la ciudad de Teos, el punto central geográfico de la comarca, fuese la residencia de un consejo federal, compuesto de representantes de todas las ciudades, que con su poder omnimodo debía dirigir el movimiento de los griegos contra los lidios. Pero el consejo del sabio patricio no encontró eco alguno;

los mismos milesios renovaron la alianza con Cresos, y cuando éste hubo terminado sus preparativos, encontró a los griegos divididos, como siempre, y faltos de un plan fijo.

No era el ánimo de Cresos aniquilar ni esclavizar a los griegos; codiciaba únicamente la soberanía sobre aquellas ricas ciudades, a la par que la libre entrada en sus puertos para las mercancías del reino lidio. Decidido a imponerles las condiciones más aceptables, desplegó ante sus ojos una formidable fuerza de guerra. El caso de la ciudad de Efeso, audazmente defendida, que después de haberse rendido fué tratada generosamente y recibió grandes auxilios del rey amigo de los griegos para la construcción de su colosal templo de Artemis ó Diana, influyó en ellos de un modo decisivo. Hasta 560 se sometieron todas las ciudades griegas del continente asiático (exceptuando algunas plazas del Helesponto), tanto las comunidades jónicas, como las dóricas y las eólicas, a la soberanía del rey, que les impuso las más aceptables condiciones, de las cuales la más dura fué el derribo de sus murallas en la parte de tierra, como en Efeso, ó por lo menos la conservación de las brechas en ellas abiertas durante la guerra. Por lo demás se las eximió de estar bajo la custodia de una guarnición lidia, y de proporcionar soldados, debiendo únicamente pagar un tributo anual. Finalmente, se aceptó que esos tratados abrieran las ciudades griegas al comercio lidio; y que libremente podían los ciudadanos lidios establecerse en ellas. Los mismos griegos jónicos de las vecinas islas consiguieron celebrar un tratado de alianza.

II.—FLORECIMIENTO DE LA CIVILIZACIÓN JÓNICA

Este período brillante del poder lidio coincide con el apogeo del desarrollo material é intelectual de los griegos asiáticos, que políticamente habían ya sacudido la dominación del resto de la nación griega. La colonización griega que encontraba aquí su punto de partida y las intrépidas expediciones marítimas hacia las célticas é hispanas costas occidentales y hacia el delta egipcio, habían alcanzado un alto grado de esplendor. Las artes mecánicas y el tecnicismo, que tanto influyó en la civilización de Oriente, se desarrollaron extraordinariamente, hasta el punto de que los griegos sobrepusieron sensiblemente a sus maestros, los asiáticos. Igual suerte que a las demás artes le había cabido a la arquitectura. Varios de los modelos de los griegos jonios fueron imitados por los griegos europeos. Los nobles de Samos construyeron a fines del siglo séptimo y a principios del sexto antes de Jesucristo, un magnífico templo a su Hera; en 590 dióse comienzo en Efeso a la construcción del de Artemis que no estuvo terminado hasta mediados del siglo sexto y aun pudiera decirse

hasta el año 470: pues bien, los griegos del antiguo continente, especialmente los de Delfos, siguieron en seguida su ejemplo. Con el arte arquitectónico comenzó también el desarrollo de la escultura, destinada en un principio exclusivamente a representar a los dioses: la antigua cinceladura griega en madera hizo grandes progresos en las ciudades marítimas, sobre todo desde que se entablaron las relaciones con Egipto durante la dinastía del Faraón Psammético, y después durante la segunda mitad del siglo séptimo. Entonces comenzaron también los helenos a modelar sus estatuas con metal y a fuerza de martillo. Mayor vuelo tomaron, especialmente en Samos y Chio, las artes plásticas griegas, que así como la arquitectura comenzaron a utilizarse para objetos profanos; entre 650 y 550 progresaron de tal modo que ya no se usaron exclusivamente para representar a los dioses, sino que se las utilizó para retratar a los simples mortales.

Cuando en el año 600 se descubrió en Samos el arte de fundir los metales, hacia ya cincuenta años que en Chio se ensayaba con éxito el mármol pario. No menores adelantos se hicieron en la esfera de la inteligencia. La poesía fué cultivada con igual interés. Por lo que se refiere al tráfico colonial y comercial, que tanta extensión habían alcanzado, se reunieron en las ciudades jónicas una porción de conocimientos teóricos y prácticos, como solo los vemos en Corinto y bajo otro concepto en Delfos.

De modo que en las ciudades jónicas no solo aparecieron hombres de gran erudición y dotados de grandes facultades políticas, sino que en ellas encontramos también los principios de la ciencia griega. Los fundamentos de la astronomía, de la física, los primeros ensayos de las ciencias naturales, el estudio de la geografía y de la etnología, y finalmente las crónicas de los griegos, encontraron allí su primera patria. Mileto, con su famoso Tales (635 a 560), eminente político, junto al cual floreció también el sabio Bias de Priene (600 a 540), con su Anaximandro (nacido en 610), con su Anaximenes (570), con el historiador Cadmos (a mediados del siglo sexto), y especialmente con su Hecateo, el geógrafo y cronista de fines del siglo sexto, ocupa el primer lugar bajo el punto de vista científico. Pero no deja de presentar el desarrollo griego oriental su reverso: prescindiendo de las destructoras discordias civiles, que se agitan particularmente en Mileto, haremos constar que la riqueza y la influencia de la proximidad de los lidios fueron notablemente causa de que en las ciudades griegas de Oriente, a la par que la ciencia oriental, se introdujesen un lujo excesivo, unas costumbres desarregladas, un inmoderado deseo de placeres y una vida en extremo muella y licenciosa.

La situación de los griegos asiáticos, bajo la soberanía de Cresos, no era en manera alguna desgraciada, pues aquel rey, poseedor de inmensos tesoros y sumamente generoso, amaba a los helenos, gustaba de la vida griega, adoraba a los dioses griegos y colmó de presentes a los templos de Mileto y Efeso, como también al de Tebas y sobre todo al de Delfos. Su generosidad sobrepusió a la codicia de algunos griegos, dió ocupación a los griegos artistas, y se mostró benévolo en alto grado hacia los helenos célebres, como Milciades y Solón, cuando éste en 560 abandonó para siempre a Atenas, refugiándose en la corte de Sardes. Los nuevos súbditos griegos del reino lidio, que gracias a una paz no turbada y a su inclusión en la nacionalidad lidia, habían conseguido grandes beneficios materiales, se encontraron con un nuevo engrandecimiento, que les consoló poco a poco de la pérdida de su antigua independencia.

III.—GUERRA LIDIO-PERSA

Una nueva faz de la política oriental y una nueva impru-
Grecia y Roma

dencia de los griegos pusieron súbitamente fin, al cabo de diez años, a tan agradable estado de cosas. El rey Cresos se consideró obligado a dar un terrible golpe al poder de los persas, que había crecido rápidamente desde 558 bajo el imperio del poderoso Ciro y sobre las ruinas del reino medo, aliado del lidio. Ocupado desde principios de 551 en los preparativos para esta lucha, no solo firmó una alianza con el rey de Babilonia y el Faraón de Egipto, sino que en 550 obtuvo, por consejo del oráculo de Delfos, del más poderoso Estado de la Grecia europea, de Esparta, cuya amistad se había granjeado, la promesa de un auxilio. La guerra, que inauguró en 549 con solo el ejército lidio, motivó la repentina destrucción del reino lidio, gracias a la imprudencia de Cresos; de modo que ya en el otoño del mismo año, Sardes fué conquistada por los persas y el rey de los lidios convertido en prisionero de Ciro.

Merced a esto, se estableció muy pronto la dura dominación de los iraníes sobre los griegos asiáticos, quienes al comenzar la guerra habían rechazado la proposición de Ciro, que les incitaba a levantarse contra Cresos. Cuando después de la caída de este rey, hicieron aquellos proposiciones al gran soberano persa para reconocer su soberanía con las mismas condiciones con que habían aceptado antes la lidia, Ciro renovó astutamente el antiguo tratado con Mileto, dejando a las restantes ciudades bajo la presión de fuertes amenazas. Las ciudades griegas se unieron, reconstruyeron sus murallas y acudieron a Esparta en demanda de auxilio; pero los eforos, al ver el brusco derrumbamiento del soberbio reino de los Mermnadas, no tuvieron ánimo para emprender una campaña en Asia. Envióse, sin embargo, a Ciro, para intimidarle, una comisión de laconios que le echó en cara su comportamiento para con sus hermanos asiáticos, pero el monarca persa, por única contestación, les insultó groseramente.

IV.—CIRO CONQUISTA LA GRECIA ASIÁTICA

Ciro no tenía, ciertamente, deseo ni tiempo para atacar a las ciudades asiáticas. Pero cuando en la primavera de 548, al retirarse de Sardes para dirigirse a Media, se encontraba al Este del Halys, llegó a sus oídos la noticia de que los lidios se habían sublevado y, unidos con los griegos, habían sitiado a la guarnición persa en la ciudadela de Sardes. Al enterarse del hecho, envió al mar Egeo a su general Mazares, con grandes fuerzas, quien pronto sujetó a los lidios y comenzó con toda energía la conquista de las ciudades griegas, que, como en otras tantas ocasiones, habían descuidado en esta la organización de una defensa general. Priene y Magnesia fueron conquistadas y su población en masa se vió reducida a la esclavitud. Muerto Mazares a consecuencia de una repentina enfermedad, sucedióle el enérgico general medo Harpagos, quien prosiguió la guerra con gran vigor. En vista de que no poseía una escuadra y de que los griegos le oponían una audaz resistencia, imaginó un medio que les obligara a capitular en masa, cual fué hacer rellenar los fosos de los baluartes de la ciudad sitiada, y formar junto a las murallas grandes montones de tierra, gracias a los cuales podía dar el asalto con toda seguridad. Por este medio consiguió generalmente la capitulación, que él mismo, como hombre sagaz, proponía a las ricas ciudades para evitarles los horrores de un asalto, y así obtuvo en 547 que los bravos ciudadanos de la poderosa Focea conviniesen con él en una suspensión de hostilidades. Disponiase a proponerles una suave capitulación, cuando los foceos abandonaron secretamente su ciudad, dirigiéndose al mar Tirreno, en donde trataron de formar una nueva colonización, no sin regresar

antes durante una noche y pasar á cuchillo toda la guarnición persa. Harpagos redujo á cenizas la solitaria ciudad; y así continuó hasta que la nostalgia obligó á muchos de aquellos emigrantes á regresar á sus arruinados hogares, reconociendo la soberanía persa y comenzando á fundar una nueva Focea. La mayor parte de los griegos de Teos emigraron tambien, alzando las nuevas ciudades de Abdera en Tracia y Fanagoria en el Bósforo Cimerio.

La masa de los demás griegos de las ciudades del Asia Menor se ausentaron de ellas, unos despues de haber luchado en vano contra Harpagos, otros sin emprender la lucha, en cuanto hubieron perdido la esperanza de derrotar á los persas. El sensato y franco consejo que Bias de Priene dió á los jonios de que abandonasen todos juntos sus residencias en el Asia y conquistasen la isla de Cerdeña, no encontró eco alguno entre sus conciudadanos. Los griegos se habian vuelto tan indiferentes, que aun las islas de Lesbos y Chio espontáneamente prometieron obediencia á los persas, aunque se les despojase de su escuadra, lo cual aconteció en 538, en que Ciro agregó á su reino la comarca marítima de los fenicios. Hasta 540 la península del Asia Menor, junto con las costas griegas, fué un miembro importante del reino de los Aqueménides. Ciro dividió el territorio que se extiende entre el Halys y el mar Egeo en dos grandes satrapías; la septentrional ó Frigia era administrada desde Dascyleion, la meridional ó Lidia, desde Sardes.

La nueva dominación extranjera era para los griegos mucho mas pesada que la de los lidios. Aun prescindiendo de las extorsiones motivadas por la guerra, apenas se atendía al cuidado de los intereses griegos, por los cuales tanto se habia interesado Cresos, por mas que Ciro fuese un gran rey y por mas que no sintiesen entonces los persas aquella ruda antipatía nacional hacia los griegos. En realidad, los persas no se encontraban en estado de apreciar debidamente los progresos del grecicismo. Por otro lado fueron mucho mas onerosas las cargas que desde entonces debieron soportar los griegos; agregándose á esos tributos el deber, que en tales circunstancias era altamente pesado y costoso, de auxiliar al gran rey en sus campañas, así por tierra como por mar, con un determinado contingente de tropas.

Bajo otro concepto fué característica la situación de los griegos asiáticos: el reinado de Ciro y los de sus sucesores fueron siempre exclusivamente orientales, lo cual quiere decir que así el Estado persa, como el rey y sus sátrapas, no tenían en modo alguno la intención de inmiscuirse en la vida interior de los griegos. Los helenos pudieron explotar libremente, en provecho de sus intereses materiales, las ventajas que les concedían las amistosas relaciones con el gran reino de los Aqueménides; y lo que es mas, los persas les permitieron continuar en su régimen comunal y en sus alianzas. En cambio, difícilmente pudieron sustraerse al despotismo, á los caprichos y á las impertinencias de los sátrapas, y á las violencias de algunos poderosos persas y medos, entre ellas las extorsiones, las trampas, y el rapto de las mujeres hermosas, para trasladarlas á sus harems. Cuando Ciro, con gran prudencia, evitó que las ciudades griegas fuesen molestadas con guarniciones persas, exigió en cambio la elevación en cada ciudad de un poderoso ciudadano, fundando así una nueva tiranía.

Estos tiranos, sostenidos por los persas, que los trataban como á sus hiparcas ó administradores, obligados á prestar en nombre de los griegos fidelidad al gran rey, y cuya posición respecto de sus conciudadanos era análoga á la de los príncipes fenicios, determinaron durante cuarenta años la historia detallada, y poco conocida, de los griegos bajo la dominación persa.

V.—TIRANÍA DE POLICRATES DE SAMOS

Muy distinta era la tiranía de Policrates, quien inmediatamente despues de la conquista del Asia Menor, llevada á cabo por Harpagos, fundó en la isla de Samos, que se conservaba independiente, una soberanía semejante á la que en Corinto habia ejercido antiguamente Periandro. Los nobles geomoros de aquella preciosa isla, que por mucho tiempo resistieron la oposición del demos, fueron finalmente abatidos por una explosión del furor popular, cuando mas seguros podían creerse. La colonia sámica, Perinto, fué anexionada á Megara, y cuando los geomoros enviaron treinta buques de guerra que en 565 reconquistaron aquella ciudad, las vencedoras tripulaciones de la escuadra, que regresaban á Samos, asesinaron á todos los nobles que se habian reunido en la casa municipal para la celebración de las fiestas acordadas en conmemoración de la victoria. La democracia de Samos que se alzaba sobre cimientos tan ensangrentados, no pudo sostenerse durante mucho tiempo; pues á mediados del siglo vi vemos ya de nuevo á la nobleza tomar las riendas del gobierno. Pero la dominación de los nobles fué igualmente insegura; pues á pesar de que los geomoros rechazaron con energía sámica el yugo persa, el demos sintió siempre hacia ellos el odio mas profundo. Sostenido por este espíritu de la plebe, un noble rico y ambicioso, Policrates, hijo de Eaco, que con artes demagógicas se habia conquistado las simpatías del pueblo, se aventuró en 536, durante la celebración de una fiesta con que se festejaba á la diosa Hera, á intentar una sorpresa, gracias á la cual, despues de la desaparición del jefe de los geomoros, se apoderó de la Acrópolis de la capital. El auxilio que recibió del príncipe de Naxos, Lygdamis, le facilitó la posesión de toda la isla.

El poder de los geomoros y el modo como habia sido adquirida la corona de príncipe, dió á la posición de Policrates un carácter de perpetua inseguridad, y convirtió su soberanía en un gobierno violento. Para asegurar su dominación, lo primero que hizo este príncipe fué establecer estrechas alianzas con las cortes de Naxos y Atenas, y sobre todo con el gran Faraon de Egipto, Amasis. Introdujo en su isla un régimen severo y procuró conseguir estabilidad por importantes medios militares. Una guardia de mil arqueros alistados en el extranjero, otras muchas tropas permanentes, el considerable aumento de la marina de su isla, ya importante en aquel tiempo, el emplazamiento de varias construcciones militares además de un gran arsenal, de la construcción de nuevos fosos al rededor de la ciudad y de nuevas fortificaciones en la Acrópolis, fueron los medios de que se valió para asegurar su soberanía. Logró, asimismo, tener al demos en buena disposición. El cuidado del lucrativo comercio egipcio cautivó á los comerciantes; las grandes construcciones enriquecieron á los mas pobres; el esplendor del palacio, la fastuosa vida de la corte, las atenciones prodigadas á las artes plásticas; la afición y protección que dispensaba el príncipe á los poetas líricos, como Ibico de Regio y Anacreonte de Teos, dieron tanta prosperidad á los samios, que todas las vías para el bienestar se hallaban completamente libres de obstáculos. Policrates, con sus fuerzas, no solo conquistó algunas islas vecinas, como Amorgo, sino que con su escuadra ejerció en un extenso círculo, de un modo insolente y en extremo amplio, la piratería; y cuando las escuadras de Mileto y de Lesbos quisieron poner término á este desorden, fueron completamente derrotadas por los buques de guerra del tirano de Samos, que esperaba poder vencer de un modo análogo la oposición de la nobleza.

Cuando en 526 murió Amasis, el antiguo amigo egipcio del tirano de Samos, y Fenicia y el Asia Menor hicieron gran-

des preparativos para tripular una escuadra, con la cual el rey Cambises, hijo mayor de Ciro, pensaba derrotar á los egipcios, Policrates manifestó gran temor por su propia seguridad. Pronto, sin embargo, tomó una determinación: renunció á la alianza con los egipcios, puso su fuerza á disposición de Cambises y dejó partir en 525 cuarenta buques tripulados, según su mandato, por todos los samios que le eran sospechosos. Había, además, suplicado secretamente al rey persa que impidiese á las tripulaciones volver á su patria. Este plan infame fracasó, pues la escuadra no llegó al Delta, por haberse sublevado durante el viaje. Pero cuando los amotinados atacaron al tirano en persona, su tentativa tuvo un éxito desgraciado, merced á la energía, verdaderamente diabólica, con que Policrates defendía su dominación. Lo mismo aconteció con la empresa que llevaron á cabo los corintios y los espartanos en 524, impulsados por aquellos fugitivos samios, empresa que, despues de varias batallas, terminó con la retirada de los agresores, que tuvieron que contentarse con estar sujetos á Lygdamis, príncipe de Naxos.

Finalmente, el pérfido sátrapa persa de Sardes, Oretes, atrajo á Policrates á Magnesia, á orillas del Meandro, bajo falaces pretextos, y cuando le tuvo allí, le prendió y mandó crucificar. Meandrios, secretario del tirano de Samos, quiso entonces restablecer pacíficamente la república; pero el furor de los samios, que le querían pedir cuentas, obligó á conservar la soberanía, que ejerció blandamente durante muchos años. Cuando el sucesor de Cambises, Darío I el Grande, se hubo sentado en el trono de Persia, el samio Siloson, hermano de Policrates, por este desterrado, y que se habia granjeado como fugitivo el afecto del monarca persa, le rogó que le pusiese en posesión de la herencia real de su familia. Darío encargó al príncipe Otanes que conquistase la isla de Samos para la corona de Persia y por ende para Siloson; y al desembarcar aquel con sus tropas en la isla, capituló Meandrios sin oponer resistencia alguna, entregó la ciudad y se dirigió al Peloponeso. En el entre tanto su cólerico hermano Charaxos, con la antigua guardia de Policrates, se arrojó, ciego de ira, sobre los persas, que no esperaban ataque alguno, é hizo en ellos gran carnicería. Inmediatamente entregó Otanes la ciudad á las llamas y pasó sus habitantes á cuchillo, convirtiendo la comarca en un país miserable, sobre el cual dominó Siloson como feudatario de los persas.

VI.—PITÁGORAS DE SAMOS

Durante los primeros años de la tiranía de Policrates, y huyendo de su despotismo, encontramos á Pitágoras, uno de los mayores talentos de su tiempo, que emigró de Samos, su ciudad natal, y fué causa, en la Magna Grecia y en la comarca aquea de Italia, de un movimiento político, que arrastró á fines del siglo sexto el mundo griego occidental á una tremenda catástrofe. Pitágoras fué aquel renombrado filósofo que, nacido probablemente en Samos en 580, despues de una larga permanencia en el Oriente, y especialmente en Egipto, volvió á Grecia con un sistema propio y original de filosofía. Mortificado su amor patrio por el establecimiento de la soberanía persa en Jonia, y su espíritu altamente aristocrático por la tiranía de Policrates, se dirigió en 533 á la Baja Italia y fijó su residencia en la ciudad de Crotona, en donde su sistema, mezcla de religión y de filosofía, alcanzó muchísimos partidarios. El gran samio desarrolló una teoría completamente idealista del luminoso y puro Apolo, que para él, en el sentido mas elevado, era el Dios del orden eterno, de la ley, de la armonía, de la vida elevada y pura, de la penitencia y de la purificación. Partiendo de este fundamento, planteó Pitágoras un sistema ético que, por un lado imponía

á sus partidarios un gran número de exigencias morales, y por otro encerraba en sí un complicado ceremonial, una porción de purificaciones exteriores, y una educación en extremo severa. El sistema especial de Pitágoras no pudo ser accesible mas que á unos pocos, pero las consecuencias que de él dedujo el filósofo, aun para la vida comun, le conquistaron en extensa esfera, muy especialmente entre las mujeres, decidido favor y extraordinaria influencia.

VII.—SIBARIS Y CROTONA: LOS CROTONIATAS DESTRUYEN Á SIBARIS

Así como estas consecuencias solo se limitaban al terreno moral y religioso, así tambien sus obras no trascendían mas allá de las paredes de su escuela; pero las cosas tomaron distinto aspecto, cuando Pitágoras quiso, asimismo, plantear una determinada teoría política. En las grandes ciudades aqueas de Italia, la timocracia fundada por Zaleuco se iba convirtiendo gradualmente en una dura oligarquía, y creando, por ende, una fuerte oposición democrática. Las familias que solo poseían bienes muebles, los industriales, los pequeños propietarios y sus partidarios de la clase baja, fueron los creadores y mantenedores del espíritu democrático en la vida de aquel Estado, logrando su oposición, á fines del siglo sexto, vida y carácter en las grandes ciudades como Sibaris y Crotona. En la época en que Mileto, á causa de sus abominables luchas civiles, sociales y políticas, se habia visto precipitada á la ruina; es decir aproximadamente desde 560, pudo la capital jónica, la aquea Sibaris, gracias á la estrecha unión de todos sus elementos, ser considerada como la ciudad mas rica y esplendente del mundo griego contemporáneo. Sibaris ejercía su dominación sobre cuatro tribus de indígenas enotrios y sobre veinticinco pequeños lugares, y así su población como su riqueza y fuerza guerrera eran muy importantes, contando en un perímetro de dos horas y media 100,000 habitantes, de los cuales 5,000 eran nobles. Pero el antiguo orden de Zaleuco se estrelló desgraciadamente ante la resistencia de la timocracia, aristocracia protegida por una gran propiedad territorial, no menos que ante la del demos de este Estado. El orgullo arrogante, la licenciosa ostentación, la molición y la vida altamente desordenada, iban siendo cada vez mas las cualidades distintivas de aquella rama de los aqueos. En Sibaris estallaron las discordias político-sociales antes que en el territorio aqueo confederado. En 520, poco mas ó menos, el demagogo Telys, al frente del demos, destruyó la soberanía de la nobleza propietaria y capitalista, desterrando á quinientos de los mas ricos propietarios, cuyos bienes ingresaron en el erario público. Los desterrados encontraron acogida en la ciudad de Crotona, que entonces contenía tambien dentro de sus muros un considerable elemento democrático, pero en la cual gobernaba la aristocracia.

Los aqueos de Crotona, cuyo poder era muy inferior al de Sibaris, habian conservado, sin embargo, sus fuerzas mejor que sus licenciosos vecinos: la nobleza de aquella ciudad conservaba muchos rasgos de los atletas. Renombrado entre todos, poseedor de varios laureles conquistados en los juegos olímpicos, pitios, nemeos é ístmicos, y dotado de fuerza hercúlea, se nos aparece Milon, uno de los mas distinguidos oficiales y mas inteligentes políticos de Crotona. No menos fama adquirió la escuela de medicina de esta ciudad: uno de sus mas eminentes médicos, Democedes, lo fué del príncipe de Samos Policrates y despues del rey persa Darío I, y se casó en 510 con la hija de Milon.

Precisamente en esta época, la timocracia de Crotona se robusteció extraordinariamente en un sentido aristocrático por la influencia política que ejercía Pitágoras sobre los gobernantes de la ciudad y sobre la juventud noble. Era natural